

¿Queremos saber á qué distancia nos encontramos de este fin? La oración nos lo dirá. Cuanto más nos recordemos de la obligación de orar, tanto más la oración se convertirá para nosotros en una necesidad, tanto más se convertirá en nuestra vida, y nuestra vida en oración, tanto más podremos esperar haber realizado nuestra empresa como cristianos.

Pero esto nos da igualmente una clave para responder por modo infalible á la pregunta para saber dónde se encuentra la comunidad de Jesucristo y el reino de Dios sobre la tierra. Encuéntranse allí donde la oración es mejor practicada.

El que sabe orar bien, también sabe vivir bien. ⁽¹⁾

Allí donde existe la verdadera oración, allí se encuentran la verdadera Iglesia, la verdad, la salvación y la vida.

(1) Augustin., *Append. Serm.* 55, 1.

CONFERENCIA XXIV

LA CARIDAD

1. Gran extensión de los mandamientos cristianos.

—En Philippos, el carcelero que, aterrado por el terremoto nocturno, se había arrojado á los pies de Pablo y de Silas, estaba seguramente dispuesto hacer todo lo que le hubieran exigido, dada su turbación. La pregunta que les dirigió: «Señores, ¿qué es lo que debo hacer para ser salvo?», lo prueba suficientemente. Pero, por lo mismo que estaba dispuesto á hacerlo todo, Pablo y Silas sólo le dijeron: «Cree en Jesucristo, y serás salvo.» ⁽¹⁾ Cierta día, propuso un rico la misma cuestión al Salvador; pero la respuesta fué distinta: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos», ⁽²⁾—le fué dicho.—Esto es muy extraño. Dos soluciones diferentes á una sola y misma cuestión. Y el caso es que, cuanto más las examinamos, más diferencias vemos en ellas. El mismo Maestro y Señor es el que, otra vez, responde á la misma cuestión: «El que creyere, y fuere bautizado, será salvo, ⁽³⁾ y no entrará en el reino de Dios, sino aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» ⁽⁴⁾ En otra circunstancia, aprendemos de boca del mismo Maestro: «Si no coméis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros»; ⁽⁵⁾ y en otra parte dice: «El que no escucha á la Iglesia, es un gentil y un publicano; ⁽⁶⁾ el que desprecia á mis servidores, á mí

(1) Act. Ap., XVI, 30 y sig.

(2) Matth., XIX, 17.

(3) Marc., XVI, 16.

(4) Joan., III, 5.

(5) Joan., VI, 54.

(6) Matth., XVIII, 17.

me desprecia; ⁽¹⁾ aquéllos á quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y aquéllos á quienes los retuviereis, les serán retenidos.» ⁽²⁾

¡Qué curiosa mezcla de sentencias diversas, y á propósito de una cosa tan importante! ¿Cuál de ellas escoger? ¿Es indiferente que observemos uno ú otro de estos principios? ¿Por ventura puede ganarse el cielo observando cualquiera de ellos? ¿Soy libre de atenerme hoy á un principio y mañana á otro?

No, ciertamente que no. En toda la ley de Dios, no hay una palabra que no esté fundada en la verdad; todo lo que ha establecido como derecho y como ley, permanecerá por siempre jamás inmutable. ⁽³⁾ El que quebranta tan sólo el menor de sus mandamientos, merece ser llamado el último de su reino. ⁽⁴⁾ Pero si uno llegase hasta permitirse declarar como inútil una sola de sus palabras, sería borrado por el Señor del libro de la vida. ⁽⁵⁾

En efecto, muchas cosas se exigen del cristiano. Cuanto más profundamente penetra en su ley, más obligaciones encuentra. Y lo que una vez ha llegado á conocer, le obliga por siempre. Si se ha comprometido una vez á observar una sola cosa, queda constantemente obligado á observar el todo; Dios no acepta un sacrificio incompleto. ⁽⁶⁾ Y si uno observase la ley entera, y quebrantase únicamente un mandamiento, lo trataría el Señor como á un transgresor de su ley. ⁽⁷⁾

2. El amor, lazo de todos los mandamientos.—Pero estos mandamientos son de un peso verdaderamente aplastador. Con esta multitud de obligaciones tan diversas, ¿cómo es posible crear una vida de una sola pieza? Esta cuestión es completamente natural, y, sin embargo, casi parece extraña.

(1) Luc., X, 16.—(2) Joan., XX, 23.

(3) Psalm., CXVIII, 160.

(4) Matth., V, 19.

(5) Apoc., XXII, 10. Cf. Deut., IV, 2; XII, 32. Prov., XXX, 6.

(6) Lev. XXII, 22; Deut., XV, 21.

(7) Jac., II, 10.

Una página de la Sagrada Escritura nos dará la respuesta. Cuando Beseleel empezó á construir el Arca de la Alianza y el Tabernáculo Santo, hombres y mujeres, llenos del amor del sacrificio, rivalizaban en celo para llevarle ofrendas destinadas á facilitarle el trabajo que había emprendido: brazaletes, arracadas, anillos, broches, vasos de metal precioso, lingotes de oro, se amontonaban en torno del artista. ⁽¹⁾ Este vióse obligado á moderar su ardor; de tal modo eran numerosas las ofrendas. ⁽²⁾ Ahora bien, ¿cómo se las arregló para hacer el trabajo que se había propuesto con objetos tan diversos? No se le ocurre al escritor sagrado perder una palabra sobre este punto, puesto que fácilmente lo comprenderá cualquiera, ya que naturalmente fué el fuego el que, de esta masa confusa, hizo en poco tiempo una masa brillante. El fuego purifica todo lo que es impuro. Para el fuego ningún alimento es demasiado. ⁽³⁾ El fuego quebranta todos los obstáculos. El fuego une todas las cosas inconcilia- bles, y, con ellas, forma una unidad homogénea.

¡Y hay quien se lamenta de que las exigencias del Cristianismo sean exageradas, insoportables, contradictorias! ¿Es que esos gemidos no son una confesión de que el fuego que Jesucristo trajo á la tierra, y que desearía que lo abrasase todo, ⁽⁴⁾ se ha extinguido en el corazón, ó no ha sido jamás encendido en él? ¿Quién habla todavía aquí de imposibilidad?

No hay nada tan duro ni tan enmohecido, que el fuego de la caridad no pueda vencer. ⁽⁵⁾ Dadme uno que ame, y se divertirá allí donde os desesperaréis, y vencerá allí donde huiréis, y se llenará de júbilo, allí donde murmuraréis. El que ama, une la naturaleza y la gracia, el reino del cielo y la vida de la tierra, en un todo tan viviente, que juraríais que ha salido del seno de la tierra sin esfuerzo, co-

(1) Exod., XXXV, 22.

(2) Exod., XXXVI, 4.

(3) Prov., XXX, 16.

(4) Luc., XII, 49.

(5) Augustin., *De morib. eccl. cath.*, I, 22, 41.

mo la flor que se abre al rayo del sol. La caridad explica todos los enigmas, la caridad resuelve todas las dificultades; de aquí que sea la caridad el primero de los mandamientos. ⁽¹⁾ Pero también es el fin de todos ellos. ⁽²⁾ La caridad es la realización perfecta de la fe, ⁽³⁾ el lazo que une todas las virtudes y hace de ellas un todo perfecto. ⁽⁴⁾ Ama, y no te quejarás de nada; ama, y haz lo que quieras.

3. El amor poco conocido en el mundo.—Ahora bien, el consejo es tan breve como difícil de comprender y de realizar. El primer obstáculo, y por cierto el no menos importante, se encuentra ya en la palabra *caridad*. Evidentemente, no se agraviará á la humanidad afirmando que sólo un pequeño número de personas conocen la caridad. Sin duda, todas las lenguas elogian el amor; se aparta uno del que lo ignora; el amor es todo lo que la humanidad posee de más sublime, es la canción siempre antigua y siempre nueva que gorjea desde que existe. La palabra es siempre la misma, pero si todos quisiesen confesar lo que experimentan al hablar del amor, se nos ofrecería una cadena interminable de sentimientos contradictorios: sueños sin energía, deseos ardientes que uno no comprende, embriaguez del corazón ó dolor que le roe, pasión vergonzosa que se oculta en la obscuridad, hastío del trabajo, del deber y de los sacrificios heroicos, egoísmo que exige como tributo la virtud ajena, el honor y la dicha de toda una vida, y á veces también un olvido de sí mismo, que llega hasta sacrificar la salud y la vida, el infierno de la desesperación y el cielo de la felicidad.

Entre las expresiones que los hombres gustan más de pronunciar y conocen menos, no ocupa ciertamente el amor el último puesto. Si echamos una mirada sobre los antiguos tiempos paganos, á pesar de nuestra mejor buena voluntad, y juzgando las cosas con todos los miramientos de que somos

(1) Marc., XII, 30.

(2) I Tim., I, 5.

(3) Rom., XIII, 10.

(4) Col., III, 14. Cf. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1.

capaces, notamos en ellos muy poco amor. Admitimos de buen grado que hay excepciones dignas de señalarse. Los romanos eran demasiado fríos, ambiciosos y egoístas; en cuanto á los griegos, la sensualidad, esa peste que contrae el corazón, había adquirido en ellos el estado de segunda naturaleza en una medida demasiado considerable, para que el amor pudiese serles aún posible. San Pablo conocía ciertamente bien á su época; pero, á pesar de su predilección casi apasionada por los paganos, no puede abstenerse de dar la razón á Aristóteles, ⁽¹⁾ cuando la acusaba de falta de amor. ⁽²⁾ Este juicio es perfectamente verdadero; el amor, en el sentido de virtud cristiana, le faltaba por completo.

Desgraciadamente, no tenemos el derecho de censurar á los antiguos á causa de esto, porque, desde este punto de vista, nuestra época se distingue poco de la suya, si no es que somos más culpables que ellos, ya que tampoco honramos el amor de Dios aparecido en forma humana. Que aquél que considere con alguna atención la actual situación social, nos diga si ha encontrado muchas pruebas favorables al reino de la caridad. Aunque nos pongamos en guardia, en la medida de lo posible, contra el pesimismo y la manía de condenarlo todo, la impresión producida en nosotros por un examen de la vida en su conjunto, es ésta: El amor carece de patria habitable entre los hombres.

4. El amor como pasión ó afección.—Nos explicaremos algo, para que no se nos acuse de injusticia con relación al mundo. Evidentemente, no queremos negarle por completo el amor; por otra parte, sin amor no puede vivir el hombre. Pero la cuestión consiste en saber con qué especie de amor se contenta el mundo. Esto equivale á decir que asignamos á esta palabra un sentido completamente diferente. Con frecuencia sólo tenemos en nuestra lengua una sola palabra ⁽³⁾ para designar dos ó tres cosas en-

(1) V. más abajo, n.º 5.

(2) Rom., I, 31.

(3) En la lengua de la Iglesia, *charitas* es el amor sobrenatural, *dilectio*, el amor natural, y *amor* el amor como pasión, es decir, como movimiento.

tre las cuales existe una gran diferencia. Una cosa es el amor como virtud natural, y otra el amor como pasión.

Decimos la *pasión* del amor. Que nadie se horrorice de esta expresión, la cual, por culpa de los hombres, se ha convertido en tan insidiosa, que uno casi se avergüenza de ella. Que nadie piense aquí en esa profanación del corazón, en esa muerte de la virtud, en los vulgares placeres sensuales, á los que se da con tanta frecuencia el nombre embustero de amor. Cuando hablamos de la *pasión* ó de la *afección* del amor, queremos hablar de ese movimiento natural, de esa inclinación involuntaria, de ese movimiento hacia una cosa ó persona, que experimentamos en el corazón, tan pronto como hemos descubierto en ella algo de bueno y hermoso que nos conviene. ⁽¹⁾ Pero sabemos que depende de nosotros hacer de este movimiento una palanca poderosa para el bien, por medio de nuestra inteligencia y de nuestra energía, ó dejarnos impulsar por él al camino de la perdición, y arrastrar igualmente á los demás con nosotros, si no damos pruebas de reflexión y de dominio personal. ⁽²⁾ Poco importa que los poetas y los pecadores hayan cantado y deplorado los impulsos irresistibles de esta pasión; siempre será cierto que somos responsables, no de todo primer movimiento involuntario de esta afección, y en general de toda acción, sino de los resultados que dejamos que se produzcan.

Todos los cristianos están de acuerdo sobre este punto, por lo menos según sus convicciones. El que aspira, siquiera débilmente, á una vida verdaderamente cristiana, sabe que ha de ponerse muy en guardia contra esas inclinacio-

involuntario. Según toda apariencia, preciso es ver en lo que Aristóteles dice sobre la amistad (*φιλία*), lo que llamamos *amor natural* (*dilectio*), expresión para la cual no tiene palabra especial, porque la distingue cuidadosamente de la *pasión* (cf. *Eth.*, 2, 5 (4). 2) como actividad (*Eth.*, 8, 8 (10), 4; cf. *Eudem.*, 7, 4, 9, 2), y como hábito obtenido por la actividad (*Eth.*, 8, 5 (7), 5; cf. *Eudem.*, 7, 1, 3). *Item* Platón, *Lysis*, 9, p. 212, d. y sig.

(1) Thomas, 1, 2, q. 27. Augustin., *Conf.*, 4, 13, 20. *De musica*, 6, 13, 38.

(2) Cf. tom. I, V, 19, 21, 22.

nes que nacen por sí solas, á fin de que no alcancen un grado de violencia considerable, y no se dirijan hacia un objeto que pueda ser un peligro para él.

Por lo contrario, otro peligro amenaza aun al mejor. Demasiado numerosos son los que se ilusionan cuando experimentan en el fondo del corazón un sentimiento involuntario de aprobación por una buena causa. Consideran ya esto como una virtud, y se muestran satisfechos de sí mismos, siquiera no hayan experimentado más que un movimiento completamente natural del corazón humano. Esto no es otra cosa que la moral de la superficialidad, la virtud cómoda, tal como se cultiva en las novelas para las jóvenes de los pensionados, así como en las conmovedoras piezas de teatro para las personas mayores. Todas estas bellas palabras sobre la virtud moral del teatro, sobre el poder pedagógico purificador de la estética, no significan otra cosa que la confusión frecuente entre la afección natural y la práctica de las virtudes serias. Así ocurre que vierta uno lágrimas por la inocencia perseguida, en tanto que, por falta de caridad y por maledicencia, se jueguen malas pasadas al prójimo y se dé de lado, á consecuencia de una indignación moral mal fundada, á hombres en quienes podría uno ver su propio modelo.

Vese por esto que semejante movimiento de amor, aunque se dirija á un objeto bueno y aun santo, no es todavía una virtud ni mucho menos, ni fuente de ningún mérito. La virtud es un resultado del trabajo y de la libertad; no es tan difícil como con frecuencia se dice, pero tampoco es tan fácil de adquirir como muchos están dispuestos á creerlo. Verter abundantes lágrimas por los sufrimientos soportados por el Salvador, por nuestros propios pecados, y aun por las faltas de otro, no es prueba decisiva de que la virtud de la caridad habita en nosotros. Todo esto quizás no sea otra cosa que resultado de una compasión natural, la efusión de un corazón tierno, un sentimiento natural de vergüenza á causa de nuestra ingratitude para con Dios. Todo esto indica un natural noble, que

impulsa al alma, como espontáneamente, á la práctica voluntaria y difícil del arrepentimiento, de la devoción, de la caridad, y, por consiguiente, hacia la virtud. Pero todavía está esto muy distante de la virtud, del arrepentimiento y de la caridad. El que quisiera contentarse con este simple sentimiento, fácilmente podría lisonjearse de una virtud que no ha practicado todavía, y que quizás no sabe ni siquiera cómo practicar.

5. El amor como virtud natural.—Incomparablemente más elevada que este impulso sensible es la caridad como virtud natural. Ésta no es ya únicamente el arranque de un ciego impulso del corazón, que despierta en nosotros cierto parentesco espiritual, ó agradables impresiones externas; es, ante todo, una actividad impuesta á las potencias del alma, con una clara reflexión de la inteligencia y de la voluntad. ⁽¹⁾ Es el esfuerzo serio para testimoniar al prójimo nuestra benevolencia, ⁽²⁾ hacerle bien y serle útil. ⁽³⁾ No piensa en sus necesidades propias, no persigue su propio provecho; ⁽⁴⁾ se apoya únicamente en el bien que encuentra en el prójimo. ⁽⁵⁾ Aun allí donde éste se ha alejado del bien, para no servir más que al mal, respeta siempre su naturaleza, ⁽⁶⁾ que jamás puede corromper por completo, á la cual no puede arrebatar los gérmenes del bien, y encuentra un nuevo aliciente en los esfuerzos que hace para conducirlo de nuevo al bien de que se ha alejado. ⁽⁷⁾ He aquí la práctica de la caridad como virtud natural.

Sin duda que el que practica la caridad simplemente á causa de los motivos indicados, ha alcanzado ya cierta elevación moral de la que debe estar satisfecho. Pero esto

(1) Thomas, 1, 2, q. 26, a. 3.

(2) Aristot., *Eth.*, 9, 5. Eudem., 7, 7, 3.

(3) Aristot., *Eth.*, 9, 9, 2. Eurip., *Herac.*, 2. Cic., *Amic.*, 5, 6.

(4) Cicero, *Amic.*, 8, 9.

(5) Aristot., *Eth.*, 8, 3 (4), 6. Cicero, *Amic.*, 14, 22, 27. Cf. Plato, *Lysis*, 10, p. 214, d.

(6) Cicero, *Amic.*, 8, 9.

(7) *Ibid.*, 24.

no impide que sea una virtud natural, como acabamos de indicarlo con las propias palabras de autores paganos. Sin embargo, podemos afirmar que el que la practique según las exigencias de éstos, no ejecuta una acción sin valor, ni mucho menos.

Pero otra es la cuestión de saber quién puede vanagloriarse de practicar debidamente esta virtud de caridad. Sobre este punto, no hay más que una respuesta conforme á la verdad. Si no se encargase el Cristianismo de salvar el honor de la virtud natural, sin duda alguna que ésta encontraría, entre los servidores del mundo, pocos defensores cuyo auxilio pudiese invocar con honor.

Los antiguos escribieron hermosas páginas sobre el amor natural, en particular Cicerón, en su tratado de *Amicitia*; pero, en lo tocante á la práctica, confesaron públicamente que, si alguno manifestaba amor, no sólo en palabras, sino también en actos, era raro que lo hiciese con intenciones puras, sino más ó menos por egoísmo, ⁽¹⁾ porque el amor es necesario para ser feliz, ⁽²⁾ ó bien, indispensable para la vida. ⁽³⁾ Seguramente es este un punto de vista excelente, y más elevado que aquél en que se colocan los modernos. Éstos hacen desaparecer el amor del número de las virtudes. Siguiendo á Spinoza, ⁽⁴⁾ consideran como hipocresía y estupidez ⁽⁵⁾ toda tentativa encaminada á recomendar el amor como sacrificio; y, por el mismo hecho, niega que el amor sea posible como virtud natural, ya que nadie ama á un amigo, sino por interés personal, por consiguiente, por puro egoísmo. ⁽⁶⁾ Es esto una burla tan grande de todo lo que hay de noble en el hombre, que no acabamos de salir de nuestro asombro. Los

(1) Aristot., *Rhetor.*, 2, 2, 4; *Eth.*, 8, 3; Eudem., 7, 10, 25; Cicero, *Offic.*, 2, 8; *Amic.*, 7.

(2) Aristot., *Eth.*, 1, 8 (9), 16.

(3) *Ibid.*, 8, 1, 1.

(4) Spinoza, *Tractat. polit.*, 1, 5; 2, 4 y sig.; *Eth.*, 3, 29, 35.

(5) J. C. Fischer, *Die Freiheit des menschlichen Willens und die Einheit der Naturgesetze*, 1871 (2), 264 y sig.

(6) Stirner, *Der Einzige und sein Eigenthum*, 474, 470 y sig.; Ad. Franck, *Philosophes modernes*, 352 y sig. (Leroux).